

**MARÍA
ICONO DE JESÚS**

Textos de San Juan Eudes

Por Robert de PAS, Eudista

Traducción de Carlos Triana, Eudista

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos de
Editorial Carrera. Ltda,
Calle 23 No. 4-65 Tel: 2839205

Con las debidas ficencias

Centro Carismático "Minuto de Dios"

Carrera 73 No.81-27

Teléfonos: 2513990 y 25177 56 Apartado Aéreo No. 56437 Bogotá D.E.

Edición: Editorial Carrera 7a. Calle 23 No. 4-65 Teléfono 2839205 Bogotá -
Colombia.

INTRODUCCIÓN

San Juan Eudes ha sido un hombre enamorado de María. Y lo que ha visto en ella de seductor ha sido precisamente su relación con Jesús. Ella está tan íntimamente unida a Jesús que son uno, solo tienen un Corazón, viendo al uno se ve al otro, buscando al uno se encuentra al otro. En María se ha realizado de manera clara todo el "misterio" de Jesús. Ella ha sido el receptáculo perfecto de aquel que no cabe en los cielos; la transparencia total de aquel que buscamos a tientas.

Descubrir esa imagen preciosa de Jesús en su Madre ha llevado al Padre de PAS a presentarnos, bajo la dirección de la experiencia mariana eudista, a María como ícono de Jesús. En esto consiste verdaderamente la vida cristiana, en damos al Espíritu de Jesús para que, como a María nos recree a imagen de Jesús, y nos convierta en él mismo.

Esa vocación santa que tenemos, llamados a ser "perfectos como el Padre es perfecto", alcanzar la plenitud del hombre perfecto que es Cristo, encuentra su realización primera en María. Por eso ella es la primera de todas las cristianas, como dirá el Concilio.

5
Eso significa que nuestra raza jalónada por este misterio de salvación realizada en la Madre del Salvador, hija de Adán y Madre nuestra, tiene en esta "Madre del Bello Amor" una inspiración profunda y sólida para llegar a esculpir en su ser la Presencia santa y justa de Dios, y ser así, ícono de Aquel que continúa expresando su amor entre nosotros y a través de nosotros.

Carlos Triana

6

MARÍA, ICONO DE JESÚS

Redescubrir a María

Hablar de María hoy no es tarea fácil. No hace mucho tiempo, la importancia que se le daba a la Madre de Jesús parecía hacer olvidara su Hijo. Al contrario, actualmente, en muchos cristianos, incluso fervientes, María no ocupa ningún lugar en su vida. Decir que estos cristianos se "prtestantizaron" sería ignorar que nuestros hermanos protestantes están descubriendo en este momento, a partir

de la Biblia, el puesto de María en el designio de Dios. Quizás era necesario que María, como también la Iglesia, pasasen por un tiempo desierto en nuestra vida, para purificar nuestra fe, de modo que podamos reencontrar lo esencial que es Cristo. Precisamente a esta conversión y a esta renovación nos llama el Concilio. El Vaticano 11 ha sido una gracia, el soplo del Espíritu ha hecho a la Iglesia centrar su mirada en Cristo para responder mejor a su misión: anunciar a Jesucristo a los hombres de hoy. La constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium, consagra el capítulo ocho a la Virgen María, considerada en su relación con Cristo y con

7

la Iglesia. Como lo ha señalado el Papa Pablo VI, ningún concilio había elaborado una tal síntesis dogmática y espiritual sobre María. Hoy, cuando circulan muchas pseudo-revelaciones sobre María, es bueno saber adónde ir para encontrar lo que la iglesia cree sobre María y su misión.

Tres siglos antes, Juan Eudes había sido en su tiempo, testigo de esta fe viviente de la Iglesia. La Virgen María ha ocupado un lugar privilegiado en su experiencia espiritual y en su ministerio apostólico. El ha escrito mucho sobre ella, demasiado quizá, para alcanzar a leerlo completamente. Y cuando habla de María, habla siempre de alguien, de un encuentro que ha tenido con ella y que permanece vivo en su ser. En la escuela del Cardenal de Bérulle, Juan Eudes aprendió a no separar nunca a María de Jesús. Por eso la experiencia y la doctrina de San Juan Eudes pueden ayudarnos a redescubrir a María hoy.

Tres siglos nos separan de él; su mentalidad como su estilo no nos son familiares, y la imagen de María, como la de la mujer, evoluciona con la cultura, según las épocas: se podría decir lo mismo del rostro de Cristo, que cambia al capricho de la historia. Pero esta distancia importa poco, porque Juan Eudes nos enseña a interiorizar nuestra mirada sobre María y Jesús. El Corazón de María, que propone a nuestra contemplación, es como el ícono de María, iluminado por el Amor.

Releyendo con ustedes a Juan Eudes, no hago sino presentar a mi manera, las riquezas que ha dejado a sus hijos e hijas, y que hacen parte del patrimonio de la Iglesia, y ofrecerlas a todos los que deseen redescubrir a María hoy.

8

¿EN QUÉ FUENTES HA BEBIDO JUAN EUDES?

Es interesante ver cómo Juan Eudes se inscribe en la gran tradición de la Iglesia.

Lo que llama la atención en primer lugar es que se nutre de la Sagrada Escritura; sus referencias a la Biblia son incontables. Entre los libros del Antiguo Testamento, los más citados son los salmos, el Eclesiástico, y sobre todo el Cantar de los cantares que utiliza en un sentido amplio, a la manera de los autores espirituales de su tiempo. En el Nuevo Testamento, él se refiere particularmente a Lucas y a Juan (Evangelio y Apocalipsis).

Juan Eudes ha leído mucho a los Padres de la Iglesia: tanto a los Padres griegos: San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Cirilo de Alejandría, San Cirilo de Jerusalén, San Efrén, San Juan Damasceno, como a los Padres latinos: San Jerónimo, San León, San Gregorio y sobre todo San Agustín.

Entre los grandes teólogos y maestros espirituales de la edad media, Juan Eudes conoce a San Anselmo, Santo Tomás, San Beda, San Pedro Damiano, San Buenaventura, San Bernardo, Dionisio el cartujo, Ricardo de San-Victor, Gerson... se inspira también en las revelaciones de Santa

9

Brígida y de santa Matilde, para quienes el Corazón de Jesús no es sino Uno con el de María. Le gusta mucho San Francisco de Sales, cuyo "Tratado del amor de Dios" está dedicado al Corazón de María. Pero su gran maestro espiritual es el padre Pedro de Bérulle quien lo acogió en el Oratorio en 1623. Juan Eudes se ha impregnado de la doctrina mariana de Bérulle, que coloca a Cristo en el centro de todo el universo de la salvación, sin separarlo nunca de su Madre:

"Jesús vive en María, la Virgen; es la primer alma en quien ha establecido su vida. Lo propio de la Virgen es estar atenta a la vida interior y espiritual de su Hijo, y ser pura capacidad de Jesús".

- Bérulle, Migne 501 -

Durante los nueve meses en que María llevó a Jesús, hace con él una sola realidad.

"¡Oh Corazón de Jesús viviente en María y por María!
¡Oh Corazón de María viviente en Jesús y por Jesús!
¡Bendito sea el Dios de amor y de unidad que los unió,
que él una también nuestro amor con esos dos corazones!"

10

En la Escuela de Bérulle y en las fuentes de la tradición de la Iglesia, Juan Eudes ha bebido y fojado su pensamiento sobre la Virgen María. Este pensamiento no es fruto de una pura reflexión teológica, ha nacido sobre todo como producto de una experiencia muy personal.

11

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Antes de hablar de María, Juan Eudes vivió una experiencia espiritual profundamente marcada por la presencia de aquella a quien llamaba "la Madre del bello Amor". El mismo nos da testimonio de ello en su "Memoria", una especie de Diario en el que relata su vida y recuerda, en acción de gracias, los beneficios recibidos de Dios "por su Hijo Jesús y su santísima Madre".

¿No es él el hijo de la promesa? Sus padres que no tenían hijos después de tres años de casados, hicieron un voto a Nuestra Señora de Recouvrance, honrada en Tourailles, no lejos de Ri; fueron escuchados, entonces regresaron y consagraron en este santuario a Juan, su primer hijo.

El joven Eudes, alumno de los jesuitas en Caen, fue recibido en la Congregación de "Nuestra Señora", grupo de piedad donde, dice él, "Nuestro Señor me hizo grandes gracias por intermedio de su santísima Madre". ¿Cuáles fueron esas gracias? Probablemente una vida espiritual intensa que le inspiró consagrarse a Dios, escogiendo a María como esposa. A los 18 años en efecto, colocó un anillo en el dedo de una estatua de la Virgen y redactó un "contrato

12

de alianza", lo firmó con su sangre y pidió en su testamento que lo depositaran en su ataúd.

Todos estos hechos y otros ilustran el puesto que ocupaba María en la vida de Juan Eudes; él nos hace ver que el 25 de marzo de 1623, fiesta de la Anunciación, fue recibido en el Oratorio de París por el Padre de Bérulle. En 1643, igualmente el 25 de marzo, va en peregrinación donde Nuestra Señora de la Délivrande, cerca de Caen, con siete compañeros, para dedicar a la Virgen María la "Congregación de Jesús y María" que estaba decidido a fundar. Ya dos años antes,

en 1641, había puesto las bases de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, destinada a acoger a las mujeres víctimas de la inmoralidad. Todo el apostolado del Padre Eudes testimonia su ardor por hacer conocer y amar a la Virgen María, sobre todo en sus numerosas misiones y esencialmente en la misión de Autun donde por primera vez, en 1648, hace celebrar la fiesta litúrgica del Corazón de María, para la cual compuso el Oficio y la Misa. Juan Eudes comunica este amor de María en los seminarios que estableció en Normandía y en Bretaña para la formación del clero, de los cuales ha llegado a ser apóstol, junto con otros religiosos y numerosos cristianos laicos. Este hombre sobrecargado de actividad encuentra tiempo para escribir, para la gloria de María, varias obras importantes, entre las cuales está "La Infancia Admirable", destinada a las educadoras. A ellas les presenta a María como modelo; y está sobre todo "El Corazón Admirable", un enorme manuscrito que constituye tres volúmenes de sus "Obras Completas", terminado algunas semanas antes de su muerte, en 1680, y que es verdaderamente la suma espiritual del pensamiento de Juan Eudes sobre María.

13

Pero Juan Eudes no solo ha predicado o escrito, sobre todo lo que ha amado. En verdad se muestra muy discreto sobre la vida mística de unión a Dios de la cual fue un agraciado, pero uno siente que habla de esa experiencia cuando expresa su estrecha unión con la Virgen María, como en ese pasaje de su "contrato de alianza".

"Que este corazón sagrado de mi queridísima María sea el alma de mi alma y el espíritu de mi espíritu; que este corazón amable sea el principio de mi vida y de todos mis pensamientos, palabras, acciones, sentimientos y afectos".

OC XII, 164

Al canonizar a Juan Eudes, la Iglesia ha declarado que no sin una inspiración divina" él ha llegado a ser "el padre, doctor y apóstol del culto de los corazones de Jesús y de María." ¿qué inspiración lo ha animado para declarar en su "Testamento" que deja a sus hijos e hijas el Corazón de Jesús y de María, como algo que ha recibido de Cristo y de su Madre? En efecto escribe:

"Me doy al amor incomprensible por el cual mi Jesús y su buena Madre me han dado su amabilísimo Corazón de manera especial; y en unión de ese mismo amor, doy este mismo corazón, como algo que es mío y de lo cual puedo disponer para la gloria de Dios, a la pequeña Congregación de Jesús y de María, para que sea la herencia, el tesoro, el corazón, la vida y la regla de los verdaderos hijos de esta Congregación.

14

Doy también este Corazón preciosísimo a mis queridas hijas, las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad y a todos mis otros hijos espirituales; los entrego a todos y a cada uno en particular, a este bondadosísimo Corazón, y les prometo que si mi Salvador me da la gracia, como lo espero de su misericordia infinita, tendré un cuidado muy especial de todos en el cielo y los asistiré en la hora de su muerte, junto con la bondadosísima Virgen".

OC X11, 172

15

"JESÚS VIVE EN MARÍA"

Si la experiencia espiritual de Juan Eudes es incomunicable, ¿no podríamos sin embargo descubrir el tesoro que nos legó? ¿En qué consiste ese amor de Cristo y de su Madre, del cual habla sin cesar?

Discípulo de Bérulle, Juan Eudes ha centrado su vida cristiana en Cristo Jesús. En esta perspectiva se ubica decididamente, y nos enseña a nunca separar a Cristo de su Madre.

"Tenemos que mirar y adorar a su Hijo en ella, y a ella nombrarla y adorarla sino en El. Así es como ella quiere ser honrada, porque ella misma, nada es, pero su Hijo lo es todo en ella; El es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza".

OC 1, 338

" ¡Jesús vive en María!, San Juan Eudes retorna y comenta a su manera la célebre fórmula de la Escuela Francesa de Espiritualidad:

16

"Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, te contemplo y adoro como viviendo y reinando en tu santísima Madre,

Tú eres su vida, su alma, su corazón, su espíritu, su tesoro;

Tú estás en ella, santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo;

Tú estás en ella, revistiéndola de tus perfecciones y disposiciones e imprimiendo en ella una imagen muy perfecta de ti mismo, de tus estados,

misterios y virtudes, y haciéndola de tal modo semejante a ti que quien ve a Jesús ve a María y quien ve a María ve a Jesús".

OC 1, 432

El amor que los une es tal que en verdad no hacen sino uno:

'Jesús viv y reina de tal modo en María que es el alma de su alma, el espíritu de su espíritu, el corazón de su corazón; de forma que se puede decir que el Corazón de María es Jesús".

OC 1, 432

Así es como Juan Eudes nos presenta a María, "pura capacidad de Jesús". El no se pierde en descripciones de pura imaginación; va directo al grano, haciendo que nuestra mirada de fe se dirija hacia el misterio de María, hacia el secreto de su vida interior. Es lo mismo que San Lucas dice en su Evangelio, al resumir el misterio de María: "María guardaba todas estas cosas en su corazón". (Lc. 2,19).

17

EL CORAZÓN DE MARÍA

La gran intuición de Juan Eudes para hacernos entrar en el misterio de María ha sido el lenguaje del Corazón. El Corazón en todas las épocas ha sido el símbolo de la interioridad y del amor.

En el siglo XVII, marcado por el jansenismo, Juan Eudes ha querido ser el apóstol, el profeta del amor, anunciándolo con todas sus fuerzas y hasta su último suspiro, por medio de palabras, escritos y acciones, llama la atención que la espiritualidad y el culto litúrgico al Corazón de María (1648) haya precedido y como abierto el camino al culto litúrgico del Corazón de Jesús (1670) ¿No es ello consecuencia de esta gracia mariana que ha orientado toda la vida de Juan Eudes? En su propia vida, Juan Eudes ha experimentado que Jesús viene a nosotros a través de María; al contemplar a María, " primer alma en la que Jesús ha establecido su vida", Juan Eudes profundiza, como Bérulle, el misterio de Jesús.

Para hacernos contemplar la vida de María bajo el reinado del amor Juan Eudes, hacia 1645, encuentra el lenguaje conveniente: se trata de presentar el misterio de María bajo el signo del Corazón: una especie de ícono que refleja la

gloria de Cristo y que ilumina nuestra mirada, en la fe y en el amor.

Para comprender eso que quiere comunicarnos cuando habla del Corazón de María, dejémosnos esclarecer por el simbolismo del ícono, tal como lo hemos aprendido recientemente por medio del contacto con la espiritualidad de las Iglesias Orientales.

El ícono, en la tradición de Oriente, no es solamente una obra de arte, una pintura. Es como el reflejo de una meditación interior sobre los misterios de Cristo: su Natividad, Muerte y Resurrección..., en el cual la Madre de Dios y los Santos son contemplados a la luz de la gloria de Dios; algo así como un sacramento, el ícono es el signo de una Presencia del reinado del Resucitado y del Espíritu, que transfiguran nuestra mirada y la convierten en oración.

ICONO DE BELLEZA

El ícono es ante todo una imagen, una bella imagen que admiramos con alegría. Con Juan Eudes, podemos contemplar la belleza de María, fruto de su vocación absolutamente única:

"La belleza de María consiste en la gracia de ser la Madre de Dios, gracia de gracias que comprende todas las demás y las sobrepasa todas. Cuando Dios llama a alguien aun estado, le da una gracia conforme a ese estado; ahora, ¿cuál es la vocación de la santísima Virgen? Ella ha sido escogida y llamada para ser la madre de Dios".

OC VII, 183

"El Espíritu Santo, fuente inagotable de la gracia y de la santidad revistió a María de belleza incomparable, imagen y semejanza de la divina belleza. Ella será eternamente el objeto de admiración no solo de los ciudadanos del cielo sino también de Dios, que se expresa con estas palabras: ¡Qué admirable es tu belleza!".

OC VII, 178

A los ojos de Juan Eudes, la Virgen Mana aparece como la obra maestra de Dios, y ante tal obra, no puede dejar de admirar y de alabar:

"¡Qué grande ser Virgen y Madre a la vez, Virgen y Madre de Dios!

¡Qué grande es estar asociada con el Padre a su divina paternidad, para ser Madre, en la plenitud de los tiempos, del mismo Hijo del cual él es el Padre desde la eternidad!

¡Qué grande estar revestida de la virtud del Altísimo y ser asociada al Espíritu Santo en la producción de su obra maestra que es el Hombre-Dios!

¡Qué grande encerrar dentro de sí a Aquél que ni los cielos pueden contener!

¡Qué grande llevar en sus brazos a Aquél que hizo todas las cosas por su divina Palabra!

¡Qué grande tener poder y autoridad de Madre sobre Aquel que es el Soberano del Universo!

¡Qué grande ser la Madre de todos los hijos que hay y habrá sobre la tierra y en el cielo!

¡Qué cosa grande para una hija de Adán estar llena de santidad desde el primer día de su vida hasta el último, ser la Reina de los Angeles y de los Santos, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes y Bienaventurados que pueblan el cielo!".

OC VIII, 46-47

21

Imagen de belleza, el ícono está al mismo tiempo completamente habitado por una realidad espiritual. Esta realidad que ilumina el rostro de la Virgen y nos revela su misterio es la ENCARNACIÓN del Verbo, fuente de toda la santidad de María.

Por el misterio de la Encarnación, María entró en relación íntima, la más estrecha que existe, con la Santísima Trinidad. Eso nos puede parecer muy elevado, extraño a nuestra vida de aquí abajo, ¿pero acaso la vida cristiana no

tiene su fuente y su término en ese misterio de vida y amor? Juan Eudes no vacila en mostrarnos la admiración de las tres Divinas Personas por su más maravillosa creatura:

"El Salvador del mundo que la santísima Virgen llevó en sus entrañas es ungido divinamente con la unción de la divinidad, o sea santificado y consagrado en calidad de Salvador para ejercer el oficio de Jesús y de Salvador con respecto a todos los hombres. La bienaventurada Virgen que lo ha concebido en sus entrañas ha sido santificada por la unión íntima en que ha entrado con la Santidad esencial".

OC VIII, so

Las tres personas divinas la rodean por doquier, la miran, aman y tratan como la más admirable obra maestra de su poder, sabiduría y bondad".

OC VIII, 443

22

"Es gloria para el Padre tener una hija que se le asemeje tan perfectamente. Es gloria del Hijo tener una Madre tan admirable. Es gloria del Espíritu Santo tener una esposa tan digna".

OC VII, 104

"Gracias infinitas te sean dadas, mi Dios, por las maravillas de tu amor realizadas en María. Alabanzas eternas te sean dadas, María por el amor y la gloria que has tributado eternamente a la Santísima Trinidad".

CC V11, 224

23

MARÍA, LA BIEN AMADA DEL PADRE

Cuando el ángel llevó el mensaje a María, la saludó con estas palabras: "Alégrate, amada de Dios!". Y María acogió esta Buena Noticia: Dios la amaba. Ella sabía que la santidad no era fruto de los actos humanos, sino del amor gratuito que proviene de Dios, amor en el que uno cree a veces difícilmente. Animada por el Espíritu Santo, ella tomó conciencia de ser la amada del Padre:

"El la ama como su hija única:

Hija única en quien el pecado original no ha tenido nunca parte,
Hija única que ha llegado a este mundo toda bella e inmutable,
Hija única que no ha permanecido un momento sin amarlo más
ardientemente que los ángeles y los santos,
Hija única que el Padre divino encontró digna entre todas sus hijas, para ser
la madre de su Hijo único y bien amado.
Hija única, Virgen y Madre a la vez.
El la ama tanto que el le dió su divino corazón, su Hijo único, para que sea
su hijo, su corazón,

24

su amor, su tesoro, su gloria, sus delicias y su todo".

OC V11, 598

Juan Eudes se complace en decir, después de San Agustín, que Jesús es el
"fruto del Corazón de María":

"Ella lo ha concebido primero en su corazón, antes que en su vientre, lo ha
llevado por espacio de nueve meses en su seno, pero lo ha llevado y lo llevará
eternamente en su corazón, de manera que el Salvador es más fruto de su
corazón que de su vientre".

OC VIII, 125

¿No es esto el eco de la palabra de Jesús en el Evangelio: "Bienaventurados
sobretudo aquellos que guardan la palabra de Dios"? - Lc 2,28.

25

MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

La Encarnación, clave del misterio de María, es ese "admirable intercambio"
que canta la liturgia. María ha recibido todo de Dios, y por efecto maravilloso de
su amor, ella humaniza a Dios:

"Ha recibido de Dios ser su creatura, serle agradable, pero ha dado a Dios
ser nuestro Emanuel, Dios con nosotros, ser Dios y hombre, nuestro Redentor, la

cabeza de toda la Iglesia".

OC VII, 44

En Cristo, Dios se hizo próximo; la gloria de la Encarnación no debe hacernos olvidar que María permanece siempre próxima a nosotros, sus hermanos humanos, ella permanece de nuestra raza:

"El Hijo de Dios, habiendo de nacer en la tierra, quiso en su infinita bondad para con nosotros, escoger una madre, hija de Adán, a fin de que la posteridad de Adán fuese honrada de tener una madre de Dios que fuera nuestra

26

hermana. Por ella, poseemos un tesoro, un Hombre-Dios que es nuestro hermano".

OC V, 442

La Encarnación nos ha hecho entrar en una relación nueva con Dios, de la cual María es la primera beneficiaria, por el título único de su maternidad divina:

"Después de que el ángel Gabriel dijo a María estas palabras: 'El Señor está contigo', ella entró en una nueva alianza con el Hijo de Dios, que ha llegado a ser su Hijo, y en una unión tan estrecha que el Hijo y la Madre no tienen más que una misma carne, un mismo espíritu, una misma voluntad".

OC VII, 58

El corazón de María contemplado por Juan Eudes en el realismo de la Encarnación, es en primer lugar ese corazón de carne sobre el cual reposó Jesús:

"Oh, Corazón admirable que eres el principio de dos vidas tan preciosas: principio de la vida santísima de una Madre de Dios y principio de la vida humanamente divina y divinamente humana de un Hombre-Dios.

¡Cuántas veces ese divino Salvador ha reposado sobre el seno y el corazón de su queridísima Madre! Qué abundancia de luces,

27

gracias y bendiciones ha derramado en ese corazón materno; este divino Sol!"

OC VI, 76

¿Quién podrá imaginar el amor con que María rodeó a Jesús, con su corazón de mujer y de Madre?

"Es una madre que ama tanto a su hijo que el amor de todos los padres y madres no sería sino una chispa del santísimo amor que brilla en el corazón de la Madre del Salvador por su queridísimo Hijo; porque es un hijo único y únicamente amado por su madre; infinitamente amable e infinitamente amante; es un hijo que es todo para su madre, pues es su gloria, su amor, sus delicias, su alegría, su alma, su corazón, su vida, su Dios, su Creador, su Redentor, su todo".

OC V11, 140

La palabra de Lucas, tan frecuentemente citada por Juan Eudes, resume bien la relación de amor entre María y su Hijo: María "conservaba todas esas cosas en su corazón". María estaba atenta a la totalidad de la vida de Jesús, y Jesús no cesaba de santificarla:

"¡Oh santa y admirable conversación de este Hijo y de tal Madre! ¡Con qué atención y admiración los ojos y el corazón de María estaban continuamente apegados a los gestos, pasos y acciones de su Hijo Jesús! ¡Qué efectos prodigiosos de luz y de amor obraba el Salvador

28

en el espíritu y en el corazón de su queridísima Madre!".

OC VII, 158

Al contemplar a María, podemos revivir a lo largo del Evangelio, los misterios de la vida de Jesús:

"María ha hecho oficio de Madre con respecto a Jesús, no solamente cuando lo llevó e hizo vivir de su sustancia durante nueve meses y lo dió a luz en Belén; sino también cuando lo amamantó, cuando lo llevó entre sus brazos y en su seno, cuando lo envolvió en pañales, cuando lo libró del furor de Herodes, cuando lo llevó a Egipto, en Nazareth y cuando realizó todas las cosas que una buena Madre

acostumbra hacer hacia su hijo. ¡Qué gracias recibió esta Madre del Salvador en todas esas circunstancias, como también en las conversaciones familiares que mantenía con él, durante el tiempo que estuvo en la tierra y cuando escuchaba sus divinas predicaciones, pero sobre todo cuando lo ofreció en sacrificio al Padre eterno para la salvación del género humano, tanto en el Templo el día de la Presentación como sobre el Calvario el día de su muerte! ¿Quién podrá concebir las abundantes gracias que rebosaron el Corazón de la Madre del Salvador cuando fue visitada por Jesús resucitado?"

OC V11, 431

29

Jesús no ha querido únicamente nacer de María y la ha asociado a su vida y a su misión, como la nueva Eva:

"El no ha querido hacer esa gran obra sólo. Además de hacer todas las cosas con su Padre y con su divino Espíritu, ha querido asociar a su Santísima Madre a las grandes obras de su misericordia. 'No es bueno que el hombre esté solo', dijo Dios, cuando quiso dar la primera mujer al primer hombre, 'hagámosle una ayuda semejante'. De la misma manera, el nuevo hombre, Jesús, quiere tener una ayuda que es María, y el Padre eterno se la da para ser su coadjutora y cooperadora en la gran obra de la salvación del mundo".

OC VII, 431

Al contemplar a María vivir el misterio de la Redención del mundo, nos encontramos con un sorprendente resumen de la Pasión:

"¡Quién podrá pensar el dolor con que ella experimenta las injurias atroces que hacían a su Hijo bien amado! Ella sabía que era inocente, que era la santidad misma. Lo veía perseguido, ajusticiado como si fuera el más grande de los bandidos. Lo veía atado, apaleado como ladrón, arrastrado por las calles de Jerusalén como criminal, abofeteado, herido, burlado, escarnecido, escupido, revestido como un insensato, abandonado a la burla, a los oprobios y a los ultrajes de una ejército de soldados insolentes,

30

in intercambiado por Barrabás, flagelado y destrozado desde la cabeza hasta los pies, coronado de espinas, encadenado a la vista de una multitud fanática que

gritaba contra él: 'crucifícale, crucifícale', condenado a muerte cruel, a llevar la pesadísima cruz, instrumento de suplicio, desnudado completamente, clavado en la cruz con grandes clavos que horadaron sus pies y sus manos, su boca adorable, sedienta colmada de hiel y vinagre; sus orejas llenas de maldiciones y blasfemias; sus miembros dislocados de manera que se podían contar todos sus huesos; su cuerpo deificado cubierto de llagas y sangre; su alma llena de angustia y tormentos, en fin, ella le veía morir de la manera más bárbara y más vergonzosa. ¿Acaso ella gritó contra los asesinos que masacraban tan despiadadamente a su Hijo? ¿Se quejó de la tortura o de las injurias que le hacían? ¿Pidió justicia al Padre Eterno? Ella permaneció en silencio; no se escuchó una sola palabra ni la mínima queja de su boca; no se oyeron sino suspiros, no se vieron sino lágrimas. Su corazón benignísimo no se dejó llevar a ningún movimiento de impaciencia ni de acritud, ni de aversión hacia quienes la hacían sufrir con tantos suplicios; al contrario, a imitación de su Jesús, perdonó a quienes le arrancaban el alma del cuerpo, diciendo de corazón las mismas palabras de Jesús: 'Padre, perdónales porque no saben lo que hacen'.

OC VII, 26-27

31

El cuadro de la Pietá, nos hace comprender "el amor que su Corazón tiene por su Hijo y por] as personas creadas a su imagen y redimidas con su sangre" y cómo

"pide a Dios continuamente que sus sufrimientos y su muerte no sean inútiles, sino que produzcan en ellas frutos de salvación y de santificación".

OC VI, 161

La Asunción es el triunfo del amor que transforma la vida entera de María, asociada a la muerte y resurrección de su Hijo:

" El amor de la Madre del Salvador hacia su Hijo es tan ardiente y poderoso que la arrebató y llevó en alma y cuerpo, al seno y al corazón de su bienamado Hijo, es decir, a una inmensa hoguera de amor y a un abismo de gloria y felicidad. En verdad, era apenas natural que la Madre del amor que no ha vivido sino de amor y cuya vida no ha sido sino un ejercicio continuo de amor, muriera también de una muerte de amor".

OC VII, 461

32

MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO

María bien amada del Padre, asociada a Cristo para la redención del mundo, está también unida al Espíritu Santo en razón de su vocación única de Madre de Dios.

"Es algo tan grande ser Madre de Dios y formar al Hijo de Dios en sus entrañas... ¡Qué abundancia de gracias derramó el Espíritu Santo en su corazón para hacerla digna del oficio de ser Madre de tal Hijo!".

OC V, 430

"La bienaventurada Virgen ha sido poseída y animada, desde su infancia, por el mismo Espíritu que debe poseer y conducir a quien iba a ser la Madre: desde entonces ha practicado lo que el divino Espíritu enseñara por la boca de San Pablo: 'Tengan ustedes los mismos sentimientos de Jesucristo'.

OC, V, 461

33

El Espíritu de amor derramado en nuestros corazones, realizó en María una nueva creación a imagen de Cristo:

'Las pasiones, deificadas en el Corazón de nuestro Señor, han sido santificadas de manera excelente en el corazón de su Madre. El fuego sagrado del amor divino que brillaba noche y día en el Corazón virginal ha purificado, consumido y transformado de tal manera tales pasiones que siempre estaban dirigidas hacia Dio?.

OC VI, 78

No se crea que este amor de Dios ha deshumanizado a María: como Jesús, ella experimenta las pasiones, esa fuerza de sentimientos que conocemos en nuestro propio corazón: amor y odio, tristeza y alegría, temor y esperanza. Por experiencia sabemos que el hombre está dividido en sí mismo, roto, a imagen de ciertas figuras de Picaso. Por medio del yoga o del zen, algunos buscan estructurar la personalidad. En María en cambio, la unidad y armonía son fruto del Amor:

"María siempre ha tenido amor solo para su Dios y para las cosas que El ama. Odio solo para lo que es objeto del odio de Dios. Ella no se alegraba sino de lo que placía a la divina Majestad. No ha tenido otro temor que el temor filial de pensar, deciro hacer alguna cosa desagradable a Dios. No tenía otro deseo sino el

de cumplir en todo y por todas partes su adorabilísima Voluntad.

34

Toda su esperanza estaba puesta únicamente en Dios".

OC V111, 148

Juan Eudes se ha maravillado de este Corazón

"que ha puesto toda su alegría en amara Aquel que es capaz de contentar el corazón humano".

OC V1, 81

Sí, María ha sido totalmente esposada por el Espíritu Santo, en ella no encontramos ningún obstáculo al amor:

"¡Qué abundancia de luz en ese Corazón que no ha puesto jamás ningún impedimento a las gracias divinas, que estaba tan perfectamente dispuesto a recibirlas!

¡Qué abundancia de luz en ese Corazón que el Salvador amaba por encima de todos los corazones y por quien él mismo era más amado que por todos los corazones!

¡Qué unión, qué comunicación, qué correspondencia, entre estos dos corazones abrazados incesantemente por el soplo del divino Espíritu!".

OC VI, 76

María, impregnada del Espíritu, canta las maravillas que el Señor hizo en ella:

35

"El Magnificat es el Cántico del Corazón de la Madre del amor, es decir, el Cántico del Espíritu Santo que es el Corazón del Padre y del Hijo y que es también el Corazón y el Espíritu de esta Virgen Madre. De este Espíritu está de tal manera plena, que su presencia y su voz llenan a Zacarías, a Isabel y al niño que ésta llevaba en sus entrañas, de este mismo Espíritu".

OC V111, 10

MARÍA, MADRE DE LOS HOMBRES

Dios ha querido hacerse hombre, compartir nuestra vida, para que en Cristo nosotros lleguemos a ser hijos de Dios, y los somos (1Jn 3,1). Está en la lógica de la Encarnación que María, descendiente de nuestra raza, llegara a ser Madre de la nueva Humanidad.

"La divina Misericordia quiso no solamente que Dios se hiciera hombre, para hacer a los hombres sino que el Hijo de Dios naciera de una hija de Adán para que nosotros tuviéramos un Hombre-Dios como hermano nuestro y una Madre de Dios como Madre nuestra".

OC V11, 10

Por eso

"La Virgen María nos ama con el mismo amor con que ama a su Hijo Jesús, pues él es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, y formarnos con él un solo cuerpo. Por esta

37

razón, ella nos mira y nos ama como ama a su Hijo y como a sus propios hijos".

OC VII, 461

Cuando Jesús, sobre la Cruz nos dió a su Madre, él le dió un corazón grande como el mundo:

"Hay más amor en ese Corazón maternal que en todos los corazones de los padres y las madres: es un corazón que vela siempre por nosotros y por las más pequeñas cosas que nos conciernen. Es un Corazón lleno de misericordia y de liberalidad pues nunca nadie que haya invocado a esta Madre de bondad, con humildad y confianza, ha quedado sin consolación. Es un Corazón lleno de sabiduría y de luces, conoce perfectamente nuestras necesidades y lo que nos conviene".

OC VIII, 115

María cuida a sus hijos, como a la pupila de sus ojos. Nos conduce de la mano. La mirada de María, en los íconos, es de misericordia. Misericordia para con los hombres. Eso es lo que expresa esta letanía de Juan Eudes, especie de oración universal:

"Oh dulcísima Virgen, mira con tus ojos de bondad tantas miserias que pueblan la tierra, tantos pobres, viudas, huérfanos, enfermos de todas clases; tantos prisioneros, hombres golpeados y perseguidos por la malicia humana, tantos indefensos oprimidos por la violencia de

38

los poderosos, tantos corazones angustiados y sobre todo tantas almas que están en pecado que es la más abominable de las tribulaciones".

OC VII, 32

María misma nos invita a la confianza:

"Tengan a mí que soy la Madre de su Creador y de su Redentor, a mí que soy su Madre, Madre de amor.

Vengan a mí, así como he dado la vida a su Cabeza que es mi Hijo Jesús, puedo darla a sus miembros.

Vengan a mí, porque como les he dado al Salvador, puedo y quiero cooperar con su salvación".

OC VIII, 103

Como en Caná, la mediación de María sustituye la de Cristo, único Mediador, pero ella hace parte del plan de Dios para la salvación del mundo:

"El Padre la ha escogido desde la eternidad para darnos a Aquél que es el primer autor y principio de todas las gracias; El ha escogido para darnos, por su intermedio, todas las gracias que proceden de esta primera fuente. Así como no ha querido darnos al Salvador sino por el consentimiento de la Virgen, no quiere hacernos ningún don ni ninguna gracia sin antes pasar por las manos de María".

OC VII, 438

He aquí un ejemplo del Evangelio:

"Por la voz de esta Madre de Gracia, cuando María saludó a su prima, el niño de Isabel y ella misma quedaron llenos del Espíritu, Santo ".

OC VII, 93

María es siempre quien nos da a Jesús:

"Los Magos que buscaban a este HombreDios, a ese Dios niño, lo encontraron y adoraron entre los brazos y sobre el Corazón de su Madre, corno sobre un trono real. Y si hubieran tenido ojos de ángeles, no lo hubieran visto y adorado entre el corazón de María, sino junto con su corazón. En ese trono los hijos de la iglesia deben adorarlo y glorificarlo".

OC VI, 278

Hoy como durante su vida terrestre, María realiza su

misión de ser Madre: Madre de Cristo y Madre de los hombres. La Asunciones como la Visitación alas dimensiones del mundo: María en la gloria del Resucitado, lleva a todos los hombres la Presencia de Cristo. Ella no ha terminado de formar a Cristo en nosotros, en tanto que el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, no haya llegado a su perfección; también la Iglesia saluda a María como la Madre de los vivientes (LG, 61 y 62). En este sentido Pablo VI, al terminar el Concilio, proclama a María "Madre de la Iglesia".

40

MARÍA, FIGURA EJEMPLAR DE VIDA CRISTIANA

Siguiendo a su maestro Bérulle, Juan Eudes nos invita a mirar, con ojos de fe, a la Virgen María como modelo perfecto de vida cristiana, que él define como la continuación de la vida de Cristo: " formar a Jesús en nosotros". No se trata de imitar a jesucristo sino de dejamos transformar por su Espíritu. ¿Y quién ha realizado mejor esto que María?

Al contemplara María, tenemos ante nuestros ojos y ante nuestro corazón el ejemplo vivo del discípulo de Cristo. Ella, como dijo el Concilio, es la primera de

las cristianas.

Su vida no ha sido sino un "sí" de amor, en la escuela de su Hijo que vive y reina perfectamente en ella.

OC 1, 432

Es cierto, María tiene una vocación única, puesto que es la Madre de Dios; pero cada uno de nosotros está llamado, como ella, a corresponder al llamado de Dios en la vida, llamado a la santidad que nos ha dirigido a todos, según nuestra vocación en la Iglesia y en el mundo donde vivimos. La santidad no es otra cosa que la vida de Dios en nosotros,

41

nuestra comunión con Jesucristo, nuestra respuesta de amor en el dinamismo del Espíritu que habita en nuestros corazones. (Ro 5,5 y 8,9).

Una vida en la fe

El Concilio nos presenta a María como el prototipo de la vida cristiana, en primer lugar por la fe que la ha animado. Esa es la bienaventuranza de María: "dichosa tú que has creído" (Lc 1,45). María ha sido la primera en acoger la Buena Noticia: "tú eres la amada de Dios", y ha ganado, con todas las fuerzas de su ser, este amor de Dios para ella misma y para todos los hombres. Jesús nos ha dicho: "Bienaventurados los que como María, escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 2,28).

La fe es esa luz que nos permite reconocer a Dios en nuestra vida y corresponderle: eso es vivir de la fe, como dice San Juan Eudes, a propósito de María:

"Ver y vivir, según el lenguaje de Dios, no son sino uno, puesto que la fe que es la vista del justo, es también su vida. Aquellos que conocen a Dios por la luz de la fe y lo aman con un amor sobrenatural, viven la vida de Dios y Dios vive en ellos. Así es como Dios ha permanecido viviendo siempre en el Corazón de la bienaventurada Virgen".

OC 1, 67

La vida en la fe es frecuentemente una marcha hacia la noche. Es cierto que

Juan Eudes tenía tendencia a pensar que María tenía la ciencia infusa y conocía por adelantado

42

todo lo que Dios esperaba de ella. Pero el Evangelio nos muestra que Jesús mismo, verdadero hombre como nosotros, ha tenido que buscar siempre la voluntad del Padre, para responder a ella libremente, hasta el fin, como verdadero Hijo. También María, hija de Abraham, ha caminado en la fe, extrañada ante el anuncio del Angel, descubriendo progresivamente la misión de su Hijo, desde Caná hasta el Calvario. Después de la Ascensión, vive con la Iglesia en la espera de su regreso, la presencia en la ausencia. Así la Iglesia encuentra en María su modelo "progresando continuamente en la fe, la esperanza y la caridad, al buscar y cumplir en su vida la divina voluntad". LG 65.

Como Jesús, María no ha buscado jamás sino conformar su vida a la Voluntad de Dios, que era "el alma de su alma, el espíritu de su espíritu, el principio de todas sus acciones". - OC VII, 525.

%o solamente ha querido siempre lo que Dios quería, sino que siempre ha puesto su gozo y su alegría en la amabilísima voluntad de Dios".

OC VIII, 140

Una vida de unión a Jesús

María es verdaderamente Icono de Jesús, un "Evangelio vivo en el cual el Espíritu Santo escribió en letras de oro la vida admirable de nuestro Redentor. Contemplando a María, Juan Eudes nos invita a vivir los "Misterios de Jesús "(OC 1, 310-328): su infancia su vida pública, su muerte y su resurrección. Esos "misterios" no son solamente un

43

recuerdo, sino una actualización de la vida de Cristo en nosotros, los miembros de su Cuerpo: es su vida que no cesa de transformarnos, como la celebramos a lo largo del año litúrgico. Juan Eudes nos enseña a no separar a Jesús de María, porque ella es el modelo perfecto de la comunión con Cristo en el Amor, él expresa esta armonía con la bella comparación de "dos arpas" que vibran al unísono:

"Si el corazón de Jesús ama a Dios el Padre, el Corazón de María lo ama con él. Si el Corazón de Jesús se expresa en acción de gracias, el Corazón de María se expresa en acción de gracias. Todo lo que el Corazón de Jesús ama, es amado por el Corazón de María. Lo que alegra al Corazón del Hijo, alegra al Corazón de la Madre, lo que crucifica al Corazón del Hijo, crucifica al Corazón de la Madre".

OC VI, 256

Ser cristiano es tener en nosotros los sentimientos de Cristo (Fil 2,5) y estar animado por su Espíritu (Ro 8,14). Juan Eudes nos invita a contemplar en María las "virtudes de Jesús", es decir las fuerzas vivas de su corazón, animado por el Espíritu Santo. Así, en María, encontramos las Bienaventuranzas vividas en la más alta perfección (OC VIII, 161). En la Escuela de Cristo "dulce y humilde de corazón" (Mt 2,29) María es para nosotros el modelo de la humildad y de la caridad, las dos virtudes que Juan Eudes subraya como camino de la santidad.

La humildad es la Bienaventuranza de los Pobres, ella es capacidad para recibir a Dios. "Es la humildad la que ha atraído a María las gracias de Dios". - OC V, 450

44

María hace parte del pueblo de los "Anawim", los pequeños que han puesto su esperanza en el Señor; en ella se realiza la esperanza de Israel porque tiene un corazón de Pobre

"Después de haber escuchado al ángel Gabriel anunciarle que Dios la había elegido para ser la Madre de su Hijo, ella respondió: 'aquí está la esclava del Señor que se haga en mí según su palabra'.

Siendo Madre de Dios, sirve a un carpintero, le prepara su alimento y le obedece como esposo.

En Caná, ella presenta a Jesús la necesidad del vino, dejando plenamente a su divina Voluntad disponer de ello como le placiera.

... En tu pasión, Jesús, tu Madre ha llevado contigo todas las humillaciones. Después de la Ascensión, los apóstoles se retiraron al Cenáculo donde permanecieron hasta la venida del Espíritu Santo, haciendo oración con las santas mujeres y con María, Madre de Jesús, que es nombrada de última".

OC VII, 482-483.

Como la humildad es la virtud de base, el fundamento de las virtudes cristianas, Juan Eudes nos hace mirar a María, "Reína de los humildes, a fin de hacemos participar de su humildad y para poder dar gracias eternamente a la Santísima Trinidad que se ha complacido en su humildad. y la ha hecho Madre del Salvador del universo",

OC VII, 32.

45

En verdad, Dios exalta a los humildes; sólo con un corazón de Pobre podremos alabar al Señor.

Una vida en el amor

La humildad llama al Amor, En un tiempo marcado por el jansenismo, Juan Eudes, quiere ser el apóstol del amor y lo expresa a través del Corazón de María que es uno con el de Jesús. El Evangelio se resume en una palabra "amarás", ¿y quién, si no María, ha testimoniado mejor el amor? El Espíritu Santo la ha llenado de un amor que no ha cesado de crecer en ella a lo largo de su vida:

" El amor era todo y obraba todo en ella y por ella. Si oraba, era el amor quien oraba en ella y por ella. Si adoraba y alababa a Dios, era el amor quien lo adoraba y alababa en ella. Si hablaba, era el amor quien hablaba en ella y por ella. Si callaba, era el amor quien la tenía en silencio. Si trabajaba, era el amor quien la tenía ocupada. Si reposaba, era el amor quien la llevaba al reposo".

OC VII, 456.

La caridad no ha cesado de transformar la vida de aquella a quien Juan Eudes llamaba "la madre del bello Amor". Como a nosotros, Dios le hablaba cuando leía la Escritura y a través de los acontecimientos de su vida:

"Si es verdad que todas las creaturas son otras tantas voces que nos predicán sin cesar el amor de Dios, ¡cuánto más su Corazón estaba abrasado de este amor! La Sagrada Escritura es,

46

según San Agustín, un horno de amor. ¡Cuánta iluminación resplandecía en el

corazón de María por la frecuente lectura de los libros sagrados!

"Los beneficios de Dios hacia el pueblo judío, y especialmente hacia sus padres, Abraham, Isaac, Jacob, David, eran otras llamas para su Corazón.

Los ejemplos y las instrucciones que había recibido en la casa de su padre san Joaquín y de su madre santa Ana eran otros motivos para amar a Aquél que la había hecho nacer de padres tan santos.

Su matrimonio con un hombre como José era un efecto singular del amor de Dios por ella.

¡Qué hoguera de amor el misterio de la Encarnación, nifiagrodén-úlagros, hailuniinado el corazón de la Madre de Amor!".

OC VII, 156-157.

María a lo largo de su vida, ha conocido muchos sufrimientos, pero también grandes alegrías que Juan Eudes se complace en recordar:

'Quién pudiera comprender las delicias de las cuales su Corazón fue lleno

- en el momento de la Encarnación de su Hijo,
- mientras lo llevó en sus entrañas;
- cuando lo dió a luz en el establo de Belén;
- cuando lo ofreció a Dios en el templo;
- cuando lo encontró en medio de los doctores, después de haberlo extraviado durante tres días;

47

- mientras permaneció y conversó familiarmente con él, como con su hijo;
- cuando escuchó sus predicaciones,
- cuando resucitado, la visitó a ella de primera;
- cuando lo vió remontar el cielo, glorioso y triunfante;
- cuando recibió el Espíritu Santo, el día de Pentecostés;
- cuando fue llevada en cuerpo y alma al cielo y establecida a la derecha de su Hijo, y coronada como Reina de todos los hombres y ángeles, soberana del Universo".

OC VII, 186.

Siempre el Amor ha animado la vida de María, amor del que fue objeto por parte de Dios y al que maravillosamente correspondió, haciendo de su vida "un continuo ejercicio de amor". Juan Eudes expresa esto a través de símbolos que encuentra en la Biblia: el Corazón de María, dice él, es:

"Paraíso de delicias del nuevo Adán,
La zarza siempre ardiente de la Caridad,
Verdadero altar de holocaustos,
Templo en el que, después del Corazón de
Jesús, la Santísima Trinidad es la más altamente
adorada, glorificada y amada".

OC VIII, 135.

A nosotros, pecadores, pobres en amor, esta perfección de María nos puede parecer muy lejana. Juan Eudes nos

48

hace admirar las maravillas de Dios en el Corazón de María, y nos recuerda que el amor y la humildad van siempre juntos:

"el amor y la humildad son la medida de la santidad; este mismo amor ha santificado los pensamientos, palabras y acciones de la Madre del Salvador".

OC VIII, 132.

Lo importante es dejarnos transformar por el amor. ¿Cómo? Para Juan Eudes basta acercarse a este Fuego de amor para ser como María, abrasados por el Espíritu:

"Oh, hoguera de amor, lanza tus llamas por todo el universo y también a nuestro corazón, para que siendo miembros de Jesús e hijos de María, no tengamos con nuestra adorable Cabeza y nuestra divina Madre sino uno solo Corazón, y hagamos nuestras acciones con sus mismas intenciones y disposiciones. Para este efecto, ten gran cuidado, al menos al comienzo de tus principales acciones, de renunciar enteramente a tí mismo y de darte a Jesús para unirse a su divino corazón que no forma sino uno con el de su Madre, y así entrar en el amor, en la caridad y en la santidad de ese mismo Corazón, de modo que hagamos las cosas con sus mismas disposiciones".

OC VIII, 112.

49

La ascesis que nos propone Juan Eudes se resume en esas dos palabras: Renunciar y Darse. Se trata no tanto de una práctica o de un ejercicio como de una actitud espiritual profunda que nos permite comulgar con Jesucristo, o como decía Bérulle, "adherir". Este movimiento, que no es otra cosa que el dinamismo de nuestra vida bautismal, muerte y resurrección con Jesús, nos abre totalmente al amor. Con María, mejor dicho en María, somos arrastrados a esa gran corriente de amor. Entonces podemos comprender a Juan Eudes cuando pone sobre los labios de María las palabras del Cantar de los Cantares:

"Ponme como un sello sobre tu corazón, a fin de que todos los pensamientos, deseos y afectos que salgan de tu corazón tengan la misma virtud (fuerza) como si procedieran de mi propio corazón".

OC VII, 231.

Con María tendremos un corazón de Pobre, disponible y fiel al Espíritu de Amor. Nuestra vida será transformada desde el interior mismo aunque humanamente permanezcamos pobres y pecadores. Por eso Juan Eudes nos enseña a hacer, en la confianza, la ofrenda de nosotros mismos a los demás:

" He aquí mi miserable corazón, junto a todos los corazones de mis hermanos y hermanas: toma de ellos plena posesión, anonada todo lo que te disguste, y únelos al tuyo".

OC VII, 233.

50

El Corazón de María nos ha sido dado para ser nuestro sol, nuestro tesoro: gracias a María, podemos conocer a Dios, amarlo y servirlo de manera más perfecta "con gran corazón y alma generosa", como dice Juan Eudes: "devolver a Jesús corazón por corazón, amor por amor", vivir en la alabanza y en la acción de gracias. Esta alabanza, esta acción de gracias que desborda el corazón de Juan Eudes:

"Quién me diera que todos los corazones y lenguas gritaran conmigo: ¡viva Jesús y María! ¡Vivan los corazones que aman y honran este corazón admirable! ¡Oh sueño de mi vida, que mi corazón muera a toda otra vida y viva de tu vida, que esté animado por tu Espíritu, abrazado por tu amor, a fin de que este deseo de mi Salvador se cumpla: 'he venido a traer fuego a la tierra, y cómo quisiera que

estuviera ardiendo" (Lc 12,49)

No teman este fuego: él consumirá sus cadenas y los establecerá en la libertad de hijos de Dios: los transformará en fuego divino: ustedes deben ser de fuego, como Elías, y llamas como Juan Bautista, ardientes interiormente brillantes en el exterior, ardientes en oración, brillantes en acción; ardientes por el amor a Dios, brillantes por la caridad con el prójimo. "

OC VI, 338

En esta Hoguera Juan Eudes ha puesto el ardor de su vida, dándose enteramente al servicio de Cristo y de la Iglesia. Juan Eudes, el apóstol del amor, nos muestra la fuente del apostolado: "El, Jesús ha dado su vida por nosotros; nosotros también, debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos" (1 Jn 3,16).

51

EL CORAZÓN DE MARÍA, NUESTRO CORAZÓN

Hemos visto cómo la contemplación del Corazón de María, modelo de vida cristiana, puede transformar nuestra mirada de fe, ayudarnos a vivir en el amor, reproducir en nosotros la vida de Cristo. Como un ícono, el Corazón de María nos permite descubrir desde el interior los "estados y misterios de Jesús" y comulgar con sus sentimientos; la fuerza del amor nos impulsa sin imponerse, respetando nuestra libre respuesta en la fe.

Pero Juan Eudes no nos propone el Corazón de María únicamente como modelo de vida cristiana: él nos afirma que el Corazón de María nos ha sido dado para ser el Corazón de nuestro corazón. Esta intuición es fruto de su experiencia espiritual. Él ha recibido la gracia mística de vida de unión con María, pero tiene conciencia de que el Corazón de María le ha sido dado para comunicarlo a los otros: a su familia espiritual, como lo afirma en su Testamento (OC XII, 172) y al pueblo cristiano que él ha evangelizado. Esta gracia sobrepasa el tiempo pues hoy la Iglesia entera celebra el Corazón de María. ¿Cuál es ese don de Dios, signo de su amor por nosotros?

"El Hijo de Dios nos ha dado el Corazón de su queridísima Madre que no es otro que el

52

suyo, para ser nuestro verdadero Corazón, a fin de que los miembros no tengan

otro corazón que el de su cabeza, y que sirvamos y amemos a Dios con un Corazón digno de El".

OC VIII, 147

La Encarnación, principio de unión de Cristo y de su Madre, nos hace también participar de la vida de María, como consecuencia de nuestra unión con Jesús en tanto que miembros de su Cuerpo. A causa de la unión vital con Jesús, no tenemos más que un corazón con Cristo y con su Madre, nos dice Juan Eudes, y estamos animados del mismo Espíritu:

"Nuestro Salvador nos ha dado su divino Corazón, con el santo Corazón de María para ser no solo nuestra regla, sino a fin de bendecir, amar y alabar por siempre a Aquél que es la Vida esencial y que tiene un deseo infinito de comunicarla a todos los hombres"

OC VII, 69

Este amor que Juan Eudes nos presenta bajo el signo del Corazón de Jesús y María nos abre al absoluto de Dios y a las dimensiones del mundo; él debe ser revelado a todos los hombres: es la vocación particular de María; es también la vocación de todo bautizado, y especialmente del Sacerdote. He aquí por qué Juan Eudes ama evocar esta "alianza" del sacerdote y la Virgen María, alianza de la cual él mismo ha hecho la experiencia en su vida y en su ministerio:

53

"Los sacerdotes tienen una alianza muy especial con la santísima Madre de Dios. Como el Padre eterno la ha hecho participar de su divina paternidad, también él da a los sacerdotes formar a ese mismo Jesús en la Santa Eucaristía y en el corazón de los fieles.

Como el Hijo la ha hecho su cooperadora en la obra de la redención del mundo así los sacerdotes son sus cooperadores en la obra de la salvación de las personas.

Como el Espíritu santo la ha asociado en la obra maestra que es el misterio de la Encarnación, así él asocia a los sacerdotes con él para continuar este misterio en cada cristiano, por el bautismo...

... Por eso los Sacerdotes, en virtud de esta alianza tan estrecha y por la conformidad tan maravillosa con la Madre del Soberano Sacerdote, tienen la

obligación muy particular de amarla, honrarla y revestirse de sus virtudes y disposiciones. Sean sensibles a ello con todo su corazón; ofrézcanse a ella y su oración los ayudará fuertemente"

OC 111, 216

A modo de conclusión

Si hubiera que resumir el pensamiento de Juan Eudes sobre María, sería suficiente tomar el título de su voluminosa obra: "El Corazón Admirable": dos palabras que expresan la interioridad y la alabanza; ¡es el amor el que se maravilla del Amor! Con el vigor de su personalidad, Juan Eudes nos ha pintado, como verdadero discípulo de Bérulle

54

un bello ícono de María. El nos ha hecho contemplar en ella el reinado de la vida de Jesús: Jesús, la gloria de María, en el esplendor del Padre y el amor del Espíritu.

Como Madre de Cristo, María es única; totalmente otra. Pero como hija de nuestra raza, es también totalmente cercana a nosotros, Madre cuya mirada es de ternura y compasión por nosotros. Su corazón, perfectamente armonizado en Dios, es modelo de vida cristiana; por su fe y amor ella comulga en los misterios de Cristo, comparte sus sentimientos, particularmente su humildad y caridad. Su vida no ha sido sino un SI a Dios; contemplando a María, aprendemos a corresponder con amor cada vez más grande al plan de Dios, en el gran AMEN de Jesús a su Padre.

Tal es el "misterio de María" que Juan Eudes nos presenta bajo el signo del Corazón.

Además, por gracia propia, Juan Eudes nos hace tomar conciencia de que el Corazón de María es nuestro, porque se nos ha dado. La virgen María no nos es exterior: por ella y en ella, Jesús continúa viviendo y reinando en nosotros y en el universo. Es cierto que habrá siempre que morir para renacer al amor, al Soplo del Espíritu. Pero ya, con ese "gran Corazón" que nos ha sido dado podemos, más allá de nuestros límites amar a Dios y a los hombres, con el mismo amor. Es eso lo que hace decir a Juan Eudes en su "Magnificat":

"Gracias infinitas a Jesús y a María por el don maravilloso de su Corazón"

"Quién me diera una voz demasiado fuerte para gritar a las cuatro esquinas

del universo:

55

Todos los que tengan sed vengan a la fuente,

No teman; vengan a beber a la fuente, que es el corazón adorable de Jesús,
Dios y Redentor"

- Juan Eudes.

56

ORACIONES COMPUESTAS POR SAN JUAN EUDES

Ave María

Nos alegramos contigo, María

Hija de Dios Padre
Madre de Dios Hijo,
Esposa del Espíritu Santo,
Templo de la divinidad
Inmaculado lirio de la gloriosa
e inmaculada Trinidad,
Rosa llena de fragancia celestial,
Virgen excelsa y fiel,
que diste a luz y alimentaste al Rey del universo,
Reina de los mártires atravesada por
una espada de dolor.

Nos alegramos contigo, María

Reina del universo que recibiste poder
sobre cielo y tierra,
Reina de nuestro corazón,
Vida, dulzura y esperanza nuestra,

57

Madre amable, Madre Admirable,
Madre de Misericordia.

Alégrate llena de gracia,
el Señor está contigo,
bendita entre las mujeres
y bendito el fruto de tu vientre.

Alabamos a tu esposo San José,
a tu padre San Joaquín,
a tu madre Santa Ana;
Bendecimos a tu hijo San Juan,
a tu ángel San Gabriel;

Damos gracias al Padre que te eligió,

al Hijo que te amó,
al Espíritu Santo que te desposó.

Al Señor, la gloria por la eternidad.
Amén.

58

Ave Cor

Te saludamos, Corazón santo de Jesús y de María,
Te honramos Corazón manso,
Corazón humilde,
Corazón puro;

Te alabamos Corazón Sacerdotal,
Corazón sabio,
Corazón paciente;

Te glorificamos Corazón obediente,
Corazón atento a la voluntad de] Padre,
Corazón fiel;

Te damos gracias, Corazón fuente de felicidad,
Corazón misericordioso,
Corazón amante;

Te amamos con todo nuestro corazón,
Con toda nuestra alma,
Con todas nuestras fuerzas;

Nos ofrecemos,
nos entregamos,
Nos consagramos a Tí.

Recíbenos Y poséenos enteramente
Purifícanos,
Ilumínanos,
Santifícanos;

Vive y reina en nosotros ahora y por siempre jamás.

Amén.

